

La pesadilla

LUIS FELIPE ATEHORTÚA LOPERA

El miércoles 21 de septiembre Argiro se levantó a las 4 de la mañana. Debía entregarle el taxi al señor Gonzalo Molina, quien lo conducía durante el día. Claro que madrugar era su costumbre. A las cuatro de la mañana estaba de pie ya fuera para trabajar o para entregar el carro. El vehículo, que había sido adquirido gracias a un préstamo en Codesarrollo y en la Caja Agraria, figuraba a nombre de Amparo. Era un taxi Chevette modelo 93, identificado con las placas TIP 142.

En aquellos días de septiembre de 1994, la abuela de Amparo, doña Pastora Correa, se encontraba bastante delicada de salud y estaba recluida en la Clínica Las Vegas, de Medellín.

El día anterior, Argiro había salido a trabajar en la noche (él acostumbraba alternar el horario diurno con el nocturno, de acuerdo con los descansos de su conductor). En medio de su ajetreo advirtió hacia las 10 de la noche que los niños estaban solos en la casa. Así que tomó la decisión de no trabajar más y marcharse para Sabaneta a hacerse cargo de la familia. Como buena enfermera, Amparo se hallaba ese día al cuidado de su abuela y se iba a quedar amaneciendo allí.

Esa tarde Amparo presentía algo extraño. No se explicaba el motivo, pero no quería quedarse a acompañar a su abuela. De todas maneras, tenía el deber moral de hacerlo ya que todos confiaban en que por su profesionalismo y experiencia, ella era la persona más indicada para acompañar a doña Pastora.

Por eso dio gracias a Dios cuando una de sus tías, una educadora, se ofreció a quedarse al frente de la enferma ya que tenía el día libre y se lo iba a dedicar a su mamá.

—Más bien esté pendiente del teléfono, por si alguna cosa —le dijo su tía.

—Bueno, no compren desayuno que yo se los traigo de la casa por la mañana —prometió Amparo antes de despedirse.

Al llegar Argiro a la casa, se sorprendió al encontrar a su esposa allí.

No obstante, la noche transcurrió sin ninguna novedad. Y como siempre, Argiro madrugó, luego de que el portero de la unidad residencial lo despertara a las cuatro de la mañana. Al salir de su casa, se encaminó hacia el parqueadero. Encendió el motor del carro y lo dejó así mientras se calentaba. En ese momento recordó que debía dejar un dinero de los turnos de los días anteriores, así que se devolvió para su casa. Amparo escuchó entredormida que le dejaba una plata y que regresaba a las ocho de la mañana.

El motor del carro continuaba encendido cuando Argiro volvió a subirse a él. En ese instante empezaron a aparecer varias personas, lo que le causó sorpresa y curiosidad. Observó extrañado: Eran unos 40 hombres armados, vestidos de negro, con pasamontañas y sin ningún distintivo que los identificara. Parecía que no eran del Ejército, ni de la Policía, y no tenían ningún distintivo o brazalete del DAS.

“Siete años de pesadilla” es el título de la investigación realizada por Luis Felipe Atehortúa, y merecedora de una mención de honor. Atehortúa es integrante de la primera promoción de egresados de la Especialización en Periodismo Investigativo de la Universidad de Antioquia. En ella se cuenta la historia terrible que vivió Luis Argiro Tobón, uno de los acusados del asesinato de Guillermo Cano, director del periódico El Espectador. Después de varios años de ser perseguido por un crimen que no cometió, Tobón finalmente fue absuelto por la justicia. Sin embargo, durante siete años, la falsa acusación convirtió su vida en un infierno.

Desde el primer momento, Argiro tuvo la premonición de que a quien buscaban era a él. Uno de ellos se acercó y le dijo:

—Señor, deje el carro ahí que vamos a hacer un procedimiento.

Argiro se quedó en el vehículo. Por curiosidad, se acercó a la esquina donde tenía más visibilidad sobre el lugar donde iban a hacer el allanamiento y no tuvo ninguna duda: era en su casa.

Impotente, en medio de la oscuridad de la madrugada, vio cómo los hombres se apertrechaban por diversos sectores. Vio como aparecieron tres individuos: uno con una almadana, otro con una cizalla para romper candados y otro armado con una ametralladora.

Cuando se aproximaban a la puerta de su casa, Argiro preguntó de un grito:

—¿Qué van a hacer allá?

Uno de los que estaban junto a él en la esquina, le respondió:

—Quítese de ahí que lo que va a haber es una plomacera muy dura.

—¿Cuál plomacera, hombre, si ahí vive gente honesta!— reaccionó Argiro.

—¿Cómo así? ¿Usted cómo se llama?

—Me llamo Argiro Tobón.

—Hey, aquí tenemos el hombre —gritó uno de ellos dirigiéndose hacia los demás. El que parecía ser el jefe del grupo se acercó a la esquina.

—¿Usted cómo se llama? —le preguntó, mientras lo iluminaba con una linterna.

Argiro repitió su nombre y el superior afirmó:

—No. Usted no es.

—Yo sé que yo no soy, pero a mí es a quien están buscando, desgraciadamente.

El hombre quiso cerciorarse y le pidió la cédula para compararla con la registrada en la orden de captura y vio que,

efectivamente, se trataba del hombre que buscaban. Sin embargo, otro más dijo que ese no era:

—¡Vamos, vamos a allanar la casa! — sugirió. Entretanto verificaban los datos y hacían otras consultas por radioteléfono.

Antes de entrar a la casa de Argiro, lo esposaron. En ese momento supo que eran miembros del Departamento Administrativo de Seguridad.

Poco después de la salida de su esposo, Amparo sintió unas pisadas en la sala de la casa. Eran los hombres del DAS que se estaban entrando por la ventana. Ella había dejado abierta la ventana del comedor para que le entrara aire al jardín.

—Eh, pero Argiro qué traería a esta hora —pensó Amparo, creyendo que su esposo había llegado con alguna llanta u otro artículo pesado del carro.

De todas maneras quiso cerciorarse. Se levantó y desde el segundo pisó miró hacia la sala y vio que se encontraba inundada de hombres desconocidos, uniformados, armados y encapuchados. Para ella fue lo peor de todo el drama que habían vivido tantos años.

—¿Qué pasó, quiénes son ustedes? No me maten, no le hagan nada a mis hijos —alcanzó a gritar Amparo, al ver que unos diez hombres subían en zancadas hacia donde ella se encontraba.

—Esto es un allanamiento. ¿Dónde está su esposo?

—El ya se fue a trabajar —respondió, angustiada, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas—. Pero mi esposo es inocente, señores. Ustedes están equivocados.

—Deje de hacer teatro, vieja llorona. Usted siendo la mujer de un sicario y tan floja.

—Eso es mentira.

Al ingresar a su casa, Argiro vio que allí estaba Amparo,

recostada contra una pared. A los niños los levantaron de sus camas y miraban asustados. Todo a su alrededor estaba revolcado, sin que ellos supieran por qué. Los habían estrujado, requisado y amenazado con armas. El dinero que Argiro dejó sobre el televisor desapareció, así como algunas joyas. Incluso se llevaron una foto en la que aparecía Argiro con dos amigos (Libardo Gaviria y Oscar Tabares) que había sido tomada durante una serenata reciente que Argiro le ofreció a su señora. “Estos son otros dos miembros del cartel”, afirmó uno de ellos.

—¿Dónde están las armas —interrogaban a los menores.

—Aquí no hay armas. Nunca hemos manejado armas —respondían ellos—. Sólo tenemos el cuchillo de la cocina y las tijeras.

—Eh, aquí tienen que tener armas escondidas. Busquemos bien dónde está la caleta —decían mientras miraban por detrás de la nevera, vaciaban el closet y desbarataban las camas.

—Pueden buscar por donde quieran que aquí no hay nada que esconder —dijo Jorge Argiro, humillado.

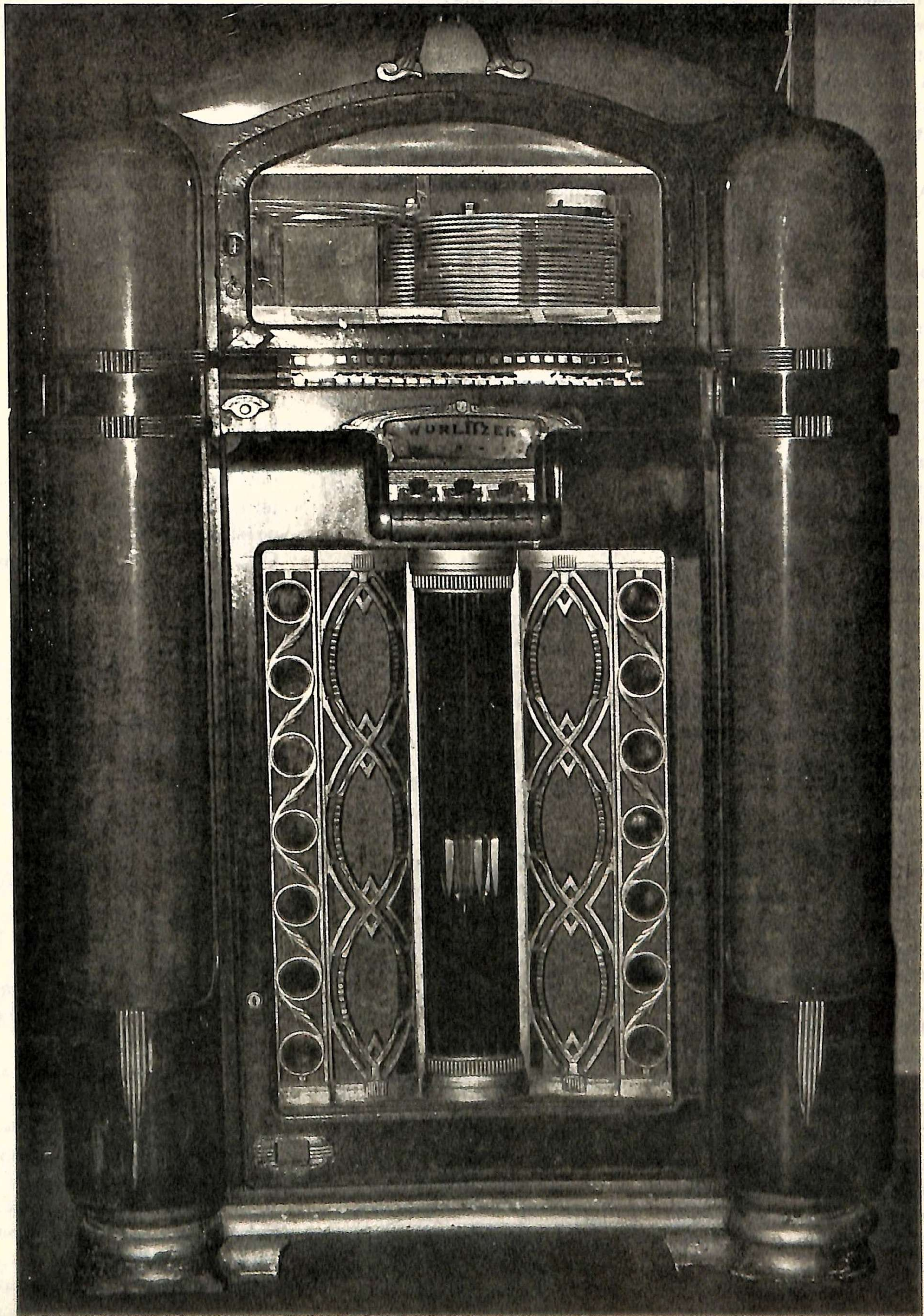
En la mesa del comedor encontraron una página reciente del diario El Colombiano con la que Jorge Esteban, su hijo mayor, había estado haciendo una tarea de derechos humanos sobre el aborto, un tema que era tratado en esos días en El Cairo en la conferencia de la ONU: “Población y Desarrollo”.

Uno de los hombres miró el periódico y preguntó mientras mecía una hoja en su mano:

—¿De quién es ésto?

—Eso es una tarea —respondió Jorge Esteban.

—Estos son terroristas. Aquí debe haber dinamita. Busquen, busquen. Mire esa información. Y anote que aquí había un niño con propaganda subversiva.



En una de las páginas del periódico había una información que hablaba acerca de la incautación de un cargamento con unos 30 kilos de dinamita.

A su vez, quienes estaban al lado de Argiro le preguntaban insistentemente qué había hecho dos días atrás.

—Usted mató a Arlén Uribe —le acusaban— ¿Donde está su patrón? Usted trabaja con Pablo Escobar.

Argiro se asustó aún más. El sólo sabía de la sindicación por la muerte de don Guillermo Cano, pero era toda una sorpresa que para colmo de males lo vincularan con otro crimen. “¿Qué pasó, Dios mío?” se preguntaba angustiado.

El joven representante a la Cámara Arlén Uribe Márquez había sufrido un atentado en la mañana del lunes 19 de septiembre, cuando al salir de dictar una clase en la Universidad de Medellín, al occidente de la ciudad, fue atacado a tiros dentro del centro educativo por varios terroristas. El parlamentario fue trasladado junto con el conductor hacia el Hospital General, pero al llegar allí ambos habían fallecido.

Los responsables del hecho dejaron una bandera roja y negra con las iniciales del Ejército de Liberación Nacional, antes de huir en un campero carpado, con placas robadas. En la tarde, con un comunicado, una célula de esta organización se atribuyó el hecho.

Al parecer, inicialmente hubo cierta confusión en relación con un supuesto responsable del homicidio del parlamentario: días después, Argiro supo que habían capturado a un hombre llamado Jorge Franco Tobón, sindicado por este crimen.

EN LAS INSTALACIONES DEL DAS

Después de dejar la casa convertida en un revoltijo, tras

una hora de intensa búsqueda, y de decomisar el taxi, Argiro fue trasladado en una furgoneta hacia la sede del DAS, rodeado por unos 20 carros y 7 motos. No hubo maltrato físico, pero sí verbal.

Amparo salió de la casa, detrás de ellos, en un taxi. Iba descalza y en pijama, en medio de la llovizna. Tenía que verificar que si lo llevaran para las instalaciones del Das.

Luego de ver que lo registraban allá, Amparo regresó a la casa, hacia las siete de la mañana. Llamó a su casa y una hermana vino a quedarse con los niños durante todo el día.

En el DAS, Argiro fue recluido en una pieza, solo. Allí permaneció hasta las 8 de la mañana, cuando lo sacaron para reseñarlo, tomarle las huellas digitales y las respectivas fotos.

Hacia las nueve de la mañana fue conducido hacia la oficina del director y el subdirector, quienes le estuvieron interrogando de manera informal. Argiro les comentó su problema: estaba enredado en ese lío por ser un homónimo del verdadero culpable.

—Hombre, ¿usted por qué no ha arreglado eso? —le preguntó uno de los funcionarios.

Argiro trató de explicarles todos los trámites y los esfuerzos que había realizado para demostrar que estaban ante un caso equivocado.

—Vea, con ese problema ya usted se ganó una condena como de 20 años, ya está condenado como reo ausente.

—¿Condenado? ¿Y por qué si el juicio por la muerte de don Guillermo apenas está empezando? —preguntó, extrañado.

—Es que no es por ese caso. Es por una masacre en la que aparece usted vinculado en Abejorral, como paramilitar.

—¿En donde? Si yo ni siquiera conozco ese pueblo.

—Hombre, es muy grave su situación. Nosotros tenemos que mandarlo para la Fiscalía, a la que le compete este caso. Lo lamentamos mucho, no podemos hacer nada. De todos modos este problema se lo ganó usted por no arreglar las cosas a tiempo.

Desde ese momento, Argiro tuvo el convencimiento de que el DAS sabía que había cometido un error.

ANTE LA PRENSA

Luego de esta conversación volvieron a encerrar a Argiro en la pieza donde estuvo inicialmente y en las horas de la tarde lo sacaron de allí. Argiro pensó que ya lo llevaban para la Fiscalía. Pero no. La experiencia que venía era una de las más dolorosas.

Serían las cuatro de la tarde cuando le dijeron a Amparo que debía retirarse de la sede del DAS. Sólo después ella sabría que a esa hora llegaban los periodistas que iban a cubrir el caso.

Hasta ese momento Argiro había estado relativamente tranquilo, pero grande fue su sorpresa al darse cuenta de que lo presentaban ante la prensa nacional. Estaba asombrado: el DAS sabía que el suyo era un caso equivocado y, sin embargo, lo mostraban como un criminal frente a los periodistas.

Reaccionó con rabia, dolor y desesperanza ante las cámaras, luces, grabadoras y libretas de notas. Lloró. Se sintió indignado. Pensó en sus hijos, en su familia. No se cansó de repetir que en su caso se estaba cometiendo una injusticia, que lo estaban confundiendo con otro hombre, que él era inocente. Realmente no supo ni qué dijo:

—¡Ayúdenme! —pidió repetidamente, ahogado por las

lágrimas. —Yo soy inocente, están equivocados.

Cuando le estaba explicando su situación a uno de los periodistas de Teleantioquia, se acercó uno de los funcionarios del DAS y Argiro sintió que lo cogían bruscamente, le agachaban la cabeza y la hacían entrar.

El en ningún momento pensó que lo fueran a presentar ante las cámaras para anunciar la captura de un peligroso delincuente. Por eso su explosión de angustia y drama fue inesperada.

Al estar de nuevo recluido en la misma pieza de esa mañana, no hizo más que llorar mientras se dedicaba a pensar en su familia. Su mente estaba en blanco para concentrarse en otra cosa: su mayor dolor era recordar a sus hijos.

Amparo regresó antes de que hubiera culminado la rueda de prensa. Al parecer, como pretendían mantenerla alejada, le dijeron:

—Su esposo le manda decir que le traiga comida, chanclas, cobija, cepillo y toalla.

Ella fue a comprar lo que le pedían y cuando regresó ya Argiro no estaba en la sede del Das. Pero no se lo dijeron. Le recibieron los artículos, como si estuviera allí.

Hacia las seis de la tarde los funcionarios del DAS habían ido por él y lo entregaron a dos agentes que lo llevaron en un vehículo Mazda rojo hacia el Centro Administrativo La Alpujarra, a la sede de la Fiscalía. Uno de los hombres, sentado en la silla delantera, se volvió hacia atrás y le dijo:

—Présteme las manos -Argiro levantó un poco los brazos y sintió un poco de alivio al verse libre de las esposas.

Al llegar a la sede administrativa del gobierno departamental se encaminaron

hacia la Fiscalía. En un ascensor subieron varios pisos. Al detenerse en uno de ellos presentaron unos papeles o unas cartas. Después escuchó que era necesario que esperaran porque debían trasladar al capturado hacia Bellavista.

—Hombre, qué falla. Nos vamos a perder el partidito de Nacional —murmuró uno de los agentes que lo habían conducido hasta allí.

Una hora más tarde le dieron la remisión para que fuera recibido en la cárcel nacional de Bellavista. Ya con la orden en la mano, salieron hasta la plazoleta de la Alpujarra y allí Argiro les pidió permiso para hacer una llamada. Los agentes accedieron a la solicitud del detenido.

—Tranquilo. Hágala —le dijo uno de ellos, mientras le regalaba una moneda de cien pesos. Argiro notó sorprendido que los dos agentes se quedaron en el carro.

Se encaminó hacia el teléfono público y se comunicó con su familia. Le contestó la cuñada que estaba cuidando sus hijos. A ella le explicó que lo llevaban para Bellavista y le sugirió que estuvieran tranquilos, que él estaba bien.

Cuando Amparo llamó a su casa, luego de esperar que Argiro comiera y le mandara alguna nota, su hermana, en medio del llanto, le comentó que él había llamado para que le llevaran una cobija. Amparo fue a averiguar al Das y le dijeron que su esposo se había llevado las cosas.

Ella comprendió que le estaban mintiendo y llamó por teléfono a su hermana Luz Dary, que vivía al frente de Bellavista, para que le entregara una cobija, mientras ella llegaba. Luz Dary acudió de inmediato.

Luego de llamar a su casa, Argiro sintió cierta tranquilidad,

tanta que al volver a subirse al Mazda empezó a hablar con los agentes haciendo algunos comentarios sobre el partido de fútbol de la Supercopa que esa noche disputaba el Atlético Nacional, en su propio estadio, ante el Sao Paulo de Brasil. No estaba de ánimo como para hablar de fútbol; sin embargo, la amabilidad de los dos funcionarios lo cogió por sorpresa, y su deseo por pensar en algo diferente a su suerte, lo llevó a entablar ese diálogo que lo mantuvo entretenido una media hora, mientras llegaron a las instalaciones de la cárcel de Bellavista.

—No se preocupe que usted arregla eso ligero. Le aseguro que en unos quince días está otra vez en la calle —afirmó uno de ellos. Ese comentario fue reconfortante y le ayudó a sentirse más optimista.

—¿Oíga, y por qué me llevan para Bellavista y no para otra cárcel más segura? —preguntó Argiro con más confianza.

—No, tranquilo, esto aquí tiene mucha seguridad.

Llegaba pues a la cárcel más importante de Antioquia, aquella que fuera construida para albergar a unos 1.500 presos y que en ese momento tenía más de 3.500. Aquella en la que los reclusos veían pasar los días, los meses y los años esperando que su situación fuera resuelta por un juez, y veían muchos, muchísimos procesos estancados.

Argiro conocía por comentarios de terceros y por la información de prensa, que Bellavista figuraba como uno de los centros de reclusión más violentos del país y eso hizo que se volviera a intranquilizar. Conocía que eran frecuentes los asesinatos y mucho más frecuentes las lesiones personales. En muchas

oportunidades lo había pensado: no le tenía tanto miedo a la cárcel, como a que lo mataran para sepultar el proceso y dejar libre al verdadero responsable. Su única esperanza era que fuera remitido a un pabellón de alta seguridad.

Con esa ilusión descendió del vehículo y se dirigió a aquella inmensa edificación blanca, de bordes verdes y once patios, que lo estaba esperando.

Desde este momento los investigadores identificaron a Argiro, además, como el "Pecoso", apodo que nunca antes había sido utilizado durante el proceso.

UNA HUELLA IMBORRABLE

El mismo día en que capturaron a Argiro, falleció la abuela de Amparo a las tres de la tarde. En la noche, cuando ella volvió a Sabaneta, serían cerca de las 9:30. Iba a recoger a su hermana y a los niños para dirigirse al velorio. Estaba empacando la ropa cuando dieron la noticia sobre la captura de Argiro.

Para los niños fue muy difícil asimilar la idea de ver a su padre ante las cámaras tratado como un peligroso delincuente. Fue muy traumático. Lloraron durante largo rato.

Sus amigos y conocidos leyeron sorprendidos las páginas de El Espectador del día siguiente donde en primera página aparecía una foto de Argiro y decía que "el sujeto está condenado a 17 años de prisión por otro crimen (...) "alias El Pecosó, quien está sindicado de haber participado en otros crímenes, fue aprehendido en la casa #26 de la unidad residencial situada en la calle 61B sur del mencionado sector del Valle de Aburrá (...) Información de inteligencia advierte que el criminal, cedulao en Barbosa, había pertenecido a grupos paramilitares".